

Vicaría de Evangelización

COORDINACIÓN ARQUIDIOCESANA
DE VIDA LITÚRGICA Y ORACIÓN



ARQUIDIOCESIS DE BOGOTÁ



14 de agosto de 2022

Domingo XX del Tiempo Ordinario (Ciclo C)



I. NOTAS EXEGÉTICAS

Jr 38, 4-6. 8-10

Me has engendrado para pleitear con todo el país

Quizá la imagen que se tiene de un profeta es la de alguien que tiene poderes especiales para adivinar el futuro y determinar las consecuencias frente a ciertas decisiones que involucran al pueblo o al rey. Se le ve como una persona privilegiada, un santo que debería vivir siempre feliz ante la misión que el Señor le ha encomendado, ¿pero esto es así? La respuesta es no. La situación que atraviesa Jeremías claramente deja ver cómo un profeta es perseguido, puesto que el mensaje que debe anunciar muchas veces no es bien recibido o es contradictorio. No es para nada cómodo recordar a los del mismo pueblo sus faltas e invitarlos a que se enmienden. La tarea del profeta es ser intermediario entre Dios y el pueblo, por lo que es elegido y enviado a cumplir esa labor a veces en medio de lamentables situaciones de abandono, desprecio o injusticias.

Este texto, situado en el capítulo 38, abre la sección titulada “la pasión de Jeremías”, en la que se narra la misión que se encomendó al profeta de ir a los gobernantes de Judá a persuadirlos de no entrar en batalla con los asirios babilónicos, que tienen sitiada a Jerusalén. La idolatría, la traición y el olvido de Dios han provocado la decadencia, no porque Dios haya tomado “venganza” de su comportamiento, sino debido a su relajamiento ético y moral.

Ante la circunstancia de enfrentarse en la batalla se esperan mensajes de consolación y fuerza para no sucumbir, pero el encargo del profeta señala todo lo contrario, por lo que es puesto en duda por las autoridades que ponen en tela de juicio que esas palabras vengan de Dios, porque minan la moral de las tropas y taladran el valor de quienes están al frente. La decisión es silenciar la voz del profeta, puesto que es más fácil callar a quien trae un mensaje que no está de acuerdo

al ideal que se espera que rechazar a quien comunica palabras de victoria o gozo, así sean una falsedad; para ellos Jeremías parece ser un hombre que no busca el bien sino el mal. Termina el profeta en el fondo del aljibe de Malquias, dejado a su suerte. Las autoridades asumen una actitud hipócrita, no lo arrojan, sino que lo bajan con sogas, evitando el derramamiento de su sangre, pero destinándolo a una muerte lenta de enfermedad y hambre, junto a la soledad. Que pensaría allí el profeta: ¿Dios me ha olvidado?, ¿por qué cumplí esta misión y no guardé silencio? No se dejan ver los sentimientos de Jeremías quien quizá, como en ocasiones anteriores, debió lamentar su suerte de ser elegido para esta misión.

Si hay algo que deja claro el texto es cómo Dios nunca abandona a sus profetas y aquí suscita a un extranjero, Ebedmélec, funcionario judicial, para interceder ante el rey y rescatar al profeta. Misteriosamente es un extranjero quien ha escuchado y vivido el mensaje predicado por Jeremías, en contraste con sus propios coterráneos, que prefirieron, engeguados, silenciar la voz de Dios.

Este texto deja en claro que el mensaje de Dios llega a través de la boca del profeta y debe ser escuchado. Además, se comprende que la tarea y el ser de profetas no son situaciones cómodas y placenteras, pero si necesarias. Es importante, así parezca incómodo, escuchar el mensaje de salvación que encamina a al Reino, mensaje que debe transformar maneras de ser y de pensar, contribuyendo a asumir nuevas maneras de vivir.

Salmo 40 (39), 2.3.4.18 ***Señor, date prisa en socorrerme***

La respuesta a este salmo deja en claro la súplica de un hombre necesitado de misericordia, de alguien que clama perdón y que se ve desprovisto de la gracia a causa de la debilidad y la caída. En cierto modo se podría asociar este salmo a lo narrado en la primera lectura de hoy que contiene el pasaje llamado la pasión de Jeremías, donde el profeta es puesto en el aljibe, despreciado y silenciado a causa de la misión encomendada por Dios.

Este salmo, que contiene súplica y acción de gracias, se atribuye al rey David, a quien se le considera el protagonista y actor de lo narrado en este pasaje. Estructuralmente se podría organizar este pasaje sálmico en dos grandes bloques, el primero comprendido entre los versículos 1 al 10 y el segundo entre los versículos 11 al 17. Una petición constante se lee entre líneas, la respuesta y misericordia de Dios en tiempo de debilidad y crisis. La espera paciente recibe como recompensa la atenta escucha de Dios, quien siempre está dispuesto a inclinar su oído ante la súplica de quien clama, a rescatar a quien arrepentido se convierte o clama perdón desde la fosa en que ha caído. Es el Dios de la confianza en quien se espera y se cree a quien se le ve como el auxilio y la salvación.

Hb 12,1-4 ***Corramos en la carrera que nos toca, sin retirarnos***

Desde el inicio de este pasaje se invita a los lectores a apresurar el paso, estableciendo un camino que cada vez procure una profunda relación con Cristo. Correr hacia este encuentro con el Señor es establecer una relación profunda con él, superando los momentos de adversidad, de persecución, de relajamiento en la vida de la fe y en las costumbres, como acontece en la vida y experiencia de la comunidad a la que se dirige este escrito. El desánimo, la desesperanza, no deben menoscabar la fe de quienes se encuentran ya en el camino de la experiencia con Cristo.

Los pasos para procurar la meta deben ser el resultado de acciones claras de un creyente que ama, que es fiel, y a quien siempre se le ve en actitud de espera. La carrera que emprende el cristiano no termina en el camino, conduce a la meta del encuentro del reino.

Para alcanzar la meta en esta carrera se toma como ejemplo al mismo Cristo, quien soportó la cruz, fue despreciado, rechazado, pero quien, a pesar de esto, no perdió el ánimo. Ese mismo ejemplo debe mover a los cristianos a no perder el horizonte donde está la meta, sino a prepararse para asumir la competencia con fortaleza y dedicación espiritual. El atleta no solo lo es porque corra en la competencia, sino por su constancia, dedicación y empeño en ejercitarse para lograr el triunfo.

El papel del testigo es fundamental para anhelar correr y llegar a la meta, es quien ha corrido con constancia, ha renunciado a todo aquello que estorba para mostrarse vencedor. Hoy más que nunca se necesita de cristianos testigos que venzan sus propias limitaciones, pero sobre todo que no se queden sentados a la vera del camino, sino que sean alicientes para que otros cansados y agobiados se esfuercen en seguir corriendo. Se necesita, además, poner los ojos en Cristo que no abandona, sino que fortalece para que se logre llegar a la meta.

Lc 12,49-53

No he venido a traer paz, sino división.

A lo largo de estos últimos domingos el evangelista san Lucas ha venido señalando una serie de pasajes cuyo objetivo se ha orientado en mostrar a Jesús en una constante enseñanza a sus discípulos y a las multitudes, quienes, como oyentes silenciosos, participan en espacios de encuentro y crecimiento espiritual. Como buen pedagogo, Jesús combina tres elementos importantes: advertencias, parábolas y lecciones. Ha advertido sobre la avaricia partiendo de la solicitud que le hizo un joven frente a la repartición de los bienes que su hermano no ha querido entregarle. Para dirimir este conflicto echó mano de una parábola llevando a concluir a sus oyentes que quien atesora para sí no es digno del Reino de los cielos. Ante tales comportamientos es necesario siempre estar en constante vigilia y preparación, dejando de lado las seguridades humanas y la confianza en los bienes, puesto que no se sabe ni el día ni la hora, ni el lugar ni la circunstancia, en la que llegará el Hijo del hombre. Frente a esta advertencia recurre al uso de la parábola en la que recuerda: si supiera el dueño de la casa a qué hora llega el ladrón, no lo dejaría abrir un boquete en su casa; pues así debe estar el creyente, siempre preparado, siempre aguardando.

Al escuchar el fragmento de hoy se producen interrogantes y divisiones causados por la Palabra, que, como una espada de doble filo, corta al entrar en la carne y hiere al salir. Este es el mismo efecto que produce la enseñanza de Jesús en quienes lo escuchan: la división. El Señor da respuesta a la instrucción impartida en los domingos pasados, haciendo caer en la cuenta de que los corazones fríos y tibios son aquellos que se ven apegados a lo pasajero y que quienes viven la frivolidad de la vida son los que necesitan ser purificados con un fuego y un bautismo que transforme lo más profundo de su ser. No es un texto que deba ser leído en clave apocalíptica o con la figura del juicio o entendido como la venganza de quien toma represalias ante los hechos de abandono, infidelidad, injusticia y la dureza del corazón de quienes han recibido el mensaje y no han creído, aunque la sola lectura produzca conflicto. Es un pasaje escrito y leído en clave no del futuro sino del presente, en el hoy de la vida y del mundo, en la actualidad del discípulo, del creyente, en el que se descubre cómo el actuar de Jesús en el mundo y en la sociedad causa división.

La figura que usa Jesús para expresar el contenido en su mensaje consta de cuatro símbolos: el fuego y el bautismo, la paz y la guerra. ¿A qué hace referencia? Los dos primeros hacen referencia a su misión y a su sacrificio. El signo del fuego se muestra como una figura atrayente que irradia calor, que reúne, que transforma y cauteriza, pero, sobre todo, purifica. A lo largo de muchos textos consignados en la Sagrada Escritura se van encontrando diversas manifestaciones en las que se presenta el fuego como elemento purificador o atrayente: la zarza que no se consume en el encuentro entre Dios y Moisés, el fuego devorador que pide el profeta Elías a Dios en el sacrificio frente a los sacerdotes de Baal. Es claro que el fuego que trae Jesús al mundo y que desea que ya esté ardiendo no es la figura de un fuego de castigo o destrucción, sino el signo de la purificación que necesitan no las cosas, sino los corazones, pues la presencia y la Palabra del Señor purifica, pero a la vez produce conflicto y división. No se puede escuchar el mensaje del Reino o declararse como seguidores de Jesús sin asumir actitudes de cambio, pero para que se produzca esta transformación se necesita ruptura y purificación. Esa es la misión de Jesús, purificar los corazones del mal que los acecha mostrándoles siempre el camino hacia el Reino.

Donde están Jesús y su Palabra habrá división, porque quien lo recibe para transformar su vida necesita en cierto modo hacerse violencia interior para dejar la condición del hombre viejo y asumir la vida del hombre nuevo. La división por su causa llega también a las relaciones entre hermanos y, para explicar eso, recuerda una antigua profecía: *Porque el hijo deshonra al padre, la hija se levanta contra la madre, la nuera contra su suegra, y los enemigos del hombre son los de su casa.* (Miqueas 7,6). Una profecía que explica la realidad de la comunidad de Israel, dividida entre judíos y ahora cristianos, levantados unos contra otros por la causa del evangelio.

Hoy, como ayer, es necesario que el fuego que purifica los corazones siga cayendo sobre la tierra, que se dé paso a un reino de justicia, amor y paz, donde se contemple a los creyentes, nuevos discípulos, inflamados por el amor del Señor para seguir recorriendo el mundo, cumpliendo la misión de incendiar los corazones, de purificar la vida de quienes han caído en la tibieza y en el frío que trae la poca fe. Se necesita silenciar las armas de la guerra con las causas de la paz, que son fruto de la presencia del Espíritu y del amor de Dios en el corazón de los hermanos y que, aunque pensando diferente, vivan la novedad del Evangelio y contemplen el calor que producen los asomos del Reino.

II. PISTAS HOMILÉTICAS

- Señalar de manera pedagógica cómo el signo del fuego y el bautismo del que habla Jesús son aspectos necesarios para asumir la misión de verdaderos creyentes, que, interpelados por la Palabra, asumen la tarea de comunicar un mensaje de salvación en medio de las adversidades, como aconteció con Jeremías, quien a pesar del desprecio y la acción violenta que recibió no dejó de comunicar lo que el Señor le había encargado.
- Hacer caer en cuenta de que la clave de lectura del evangelio no es la de un texto de corte apocalíptico o la figura del juicio o el sentimiento de venganza o las represalias de Dios ante los hechos de abandono, infidelidad, injusticia y la dureza del corazón de quienes han recibido el mensaje y no han creído.
- Ser conscientes de que la transformación del mundo debe pasar por la purificación del fuego del amor de Dios, tarea que se debe procurar recordando la misión de los profetas, predicadores del Reino, recordando el esfuerzo para recorrer el camino en la carrera que conduce a la meta.
- Establecer las pautas que deben vivirse en el hoy de la vida y de la fe a causa de la división que se asume por estar con Cristo y predicarlo, pensando en los contextos familiares y sociales.

Menición de entrada

El Señor, en este vigésimo domingo del tiempo ordinario, nos congrega para la celebración de los santos misterios y nos llama a la decisión. Ser cristianos nos hace sentir la diferencia entre optar por el mundo o por las cosas de Dios. Con fe invoquemos la misericordia divina y supliquemos su Espíritu para que sea Él con sus dones quien nos mueva a ser cada vez más coherentes con nuestro sello bautismal.

Menición de la palabra

Las lecturas bíblicas que escucharemos nos llaman a esperar en el Señor, a lograr tesoros en el cielo y a permanecer en las obras que Dios nos ha confiado. Abramos nuestro pensamiento y nuestro corazón a la escucha y a la meditación asidua de la Palabra.

Oración de los Fieles

Presidente Elevemos a Dios, Padre de misericordia y fidelidad, nuestra súplica confiada.

R. Padre misericordioso, escúchanos.

1. Por la Iglesia universal, para que la opción fundamental por Cristo sea el testimonio que transforme el mundo allí donde el Señor la llame a ser sal y luz, roguemos al Señor.
2. Por el papa Francisco, nuestro obispo Luis José y todos los ministros ordenados, para que sean pastores que guíen y orienten al pueblo en la verdad y libres del error, roguemos al Señor.
3. Por nuestra Nación y por nuestra ciudad, para que nuestros gobernantes vean en la coherencia de la vida de los creyentes la opción que conduce a la verdadera vida en comunión justa y reconciliada, roguemos al Señor.
4. Por nuestra comunidad (parroquial), para que nuestras familias, cohesionadas por la acción del Espíritu Santo, sean testimonio de generosidad y armonía que invite al mundo a la conversión, roguemos al Señor.
5. Por nosotros mismos, para que nuestra decisión por Cristo nos lleve a la opción preferencial del amor por el que se sufre y necesita de nuestra caridad, roguemos al Señor.

Presidente Padre misericordioso, acoge compasivo esta plegaria que tu Iglesia con fe eleva a tu presencia, por Jesucristo nuestro Señor.